

Daniel Aquillué Domínguez

# Guerra y cuchillo

Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)

la esfera  de los libros

## ÍNDICE

<i>Muy heroica e inmortal Zaragoza. A modo de breve introducción</i>	11
1. MOTÍN (marzo-junio de 1808) .....	17
Una monarquía en crisis ante la mirada de Napoleón.....	18
Subversión en Zaragoza.....	22
De Bayona a Zaragoza.....	25
Zaragoza rebelde .....	31
<i>Su rey, su capitán general. Palafox al poder</i> .....	37
2. SARAGOSSE (marzo-junio de 1808).....	49
Sueño americano y español .....	50
Zaragoza, ciudad abierta .....	54
¿Un paseo militar?.....	59
Un ejército para asaltar Zaragoza.....	65
3. LEVA EN MASA (primavera-otoño de 1808) .....	69
Tercios, veteranos y fugados .....	70
El abismo logístico: un ejército sin armas .....	81
Por qué luchar.....	91
Resistencias e indisciplina.....	97
4. BATALLA CAMPAL (8-14 de junio de 1808) .....	102
Los primeros embates: Tudela y Mallén.....	103

	Franceses <i>ad portas</i> : Alagón .....	109
	La línea: mentalidad, táctica y presiones .....	115
5.	CORPUS (15-18 de junio de 1808) .....	122
	Sálvese quien pueda .....	124
	Tras las tapias .....	129
	Victoria increíble.....	133
6.	CAOS (18 de junio-julio de 1808) .....	140
	Entre el orden del marqués de Lazán y la desconfianza hacia Palafox .....	142
	La vuelta de Palafox: de la batalla de Épila al cañonazo de Agustina .....	153
	Ocupación militar y escaramuzas .....	162
	Caos: bandas de desertores .....	168
7.	4 DE AGOSTO (finales de julio- 14 de agosto de 1808) .....	174
	Planes de defensa y bombardeos.....	175
	Asalto, pánico y huida.....	180
	Combate callejero y resistencia.....	185
	El socorro a Zaragoza .....	191
8.	DESBANDADA (14 de agosto-19 de diciembre de 1808) .....	199
	Celebraciones, ajustes de cuentas y propaganda.....	200
	Ardor de verano, frío de otoño .....	205
	Lucha de egos entre generales, ruina para los soldados: Tudela, 23 de noviembre.....	212
	Desbandada española, Zaragoza enrocada .....	224

9.	CARNICERÍA (20 de diciembre de 1808-27 de enero de 1809).....	237
	Las batallas del Canal y del Arrabal .....	238
	Trincheras: Vauban contra Zaragoza.....	251
	Derribo y asalto: 10-15 de enero .....	261
	El socorro imposible.....	271
	Asalto general, 27 de enero de 1809.....	278
10.	RUINAS (28 de enero-marzo de 1809).....	287
	Guerra urbana.....	289
	Una ciudad de escombros.....	300
	Un cementerio sin nadie que lo defienda.....	306
	Capitulación .....	313
11.	RECAPITULACIÓN (epílogo desde la Zaragoza actual) .....	319
	Guerra total en 1808-1809 .....	323
	Participación popular: «Héroes» y «heroínas» .....	330
	El rostro del asedio.....	335
	José de Palafox: altibajos de un hombre de carne y hueso ...	340
	Ayer, hoy y siempre: el mito de los Sitios.....	345
	<i>Cronología</i> .....	349
	<i>Bibliografía</i> .....	351
	<i>Fuentes</i> .....	361
	<i>Notas</i> .....	363

# MUY HEROICA E INMORTAL ZARAGOZA

## A modo de breve introducción

«No necesitan los Aragoneses para merecer las glorias que supieron adquirir que se hagan cálculos exagerados sobre las fuerzas enemigas que los atacaron».

LUIS DE PALAFOX, marqués de Lazán.<sup>1</sup>

Las palabras del marqués de Lazán, el mayor de los hermanos Palafox, son claras. Las dijo ya en 1811, dos años después de los Sitios de Zaragoza, los dos asedios que sufrió la ciudad por parte de las tropas napoleónicas entre 1808 y 1809. Sin embargo, a veces la épica se ha sobrepuesto sobre la historia, exaltando unos hechos que ya fueron tremendos e impactantes, históricos por sí solos. El propio hermano pequeño de Luis de Palafox, José, exageró en ocasiones los hechos de los que participó o bien quiso tener un mayor protagonismo en la búsqueda de la gloria durante su vida.

A lo largo de los siglos XIX y XX, desde el mismo 1808, la ciudad de Zaragoza recibió diversos reconocimientos por su defensa frente a los ejércitos napoleónicos. Los más significativos quizás sean los cuatro títulos que aún luce en la actualidad: Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica e Inmortal. Los tres primeros fueron otorgados poco después de los Sitios, mientras que el cuarto lo dio Alfonso XIII ya en 1908, al cumplirse el centenario. Los otros dos títulos, Siempre Heroica y Muy Benéfica, no tienen que ver con la lucha antifrancesa, sino con la jornada del 5 de marzo de 1838 frente a los carlistas y con la epidemia de cólera de 1885.

Mucho se ha escrito sobre estos acontecimientos, pues la Guerra de la Independencia es el hito que da arranque a la historia contemporánea de España. A veces ha dado la sensación de que los mitos y el aluvión de nombres de «héroes» han llegado a sepultar a la propia historia. En el caso zaragozano, José de Palafox, Agustina de Aragón, Tío Jorge y la condesa de Bureta parece que sean los únicos defensores que hayan quedado en el imaginario colectivo. Pero hay muchos más. En este libro se ha tratado de poner rostro a aquellas personas que defendieron y atacaron Zaragoza en 1808 y 1809, explicar sus motivaciones y los porqués de sus actuaciones. Tampoco se ha obviado a quienes quedaron en los sombríos márgenes de la batalla, quienes se dedicaron a labores logísticas y cotidianas, quienes desertaron o fueron víctimas de los desastres de la guerra.

Con ese objeto, he dividido el libro en once capítulos. Los cuatro primeros pretenden explicar el camino que lleva desde el reinado de Carlos IV hasta la llegada de la guerra a las puertas de Zaragoza. Los capítulos 5, 6 y 7 se centran en narrar el Primer Sitio de Zaragoza, tanto lo que sucedía dentro de la ciudad como en sus alrededores. Hay que tener claro que este episodio trasciende con creces lo local. En primer lugar, la Zaragoza rebelde de 1808 movilizó en torno a sí todo un *hinterland* de apoyo a la causa de Fernando VII, de la cual se erigió como gran estandarte. Así, el resto de Aragón, parte de Navarra y de Castilla, la Cataluña no ocupada, Valencia, Baleares y Murcia tuvieron relación directa con lo que ocurría en Zaragoza. En el capítulo 8, el periodo entre asedios, se ha procurado contar tanto los hechos militares como la repercusión nacional e internacional de lo acontecido en el verano de 1808. Los capítulos 9 y 10 se centran en exclusiva en el Segundo Sitio, describiendo sus pormenores. Finalmente, el libro se cierra con un capítulo final en el que se recapitula lo dicho y se lanzan algunas reflexiones.

En conjunto, se ha tratado de transmitir lo vivido en 1808 y 1809, situando en aquel contexto a quien lo lea. Para ello se han trabajado profusamente las fuentes del Archivo Municipal de Zaragoza, así como la bibliografía existente sobre el tema. Hay seis autores de comienzos del

siglo XIX que son omnipresentes y transversales a toda la narración. Cinco de ellos estuvieron sitiando o defendiendo Zaragoza: Faustino Casamayor, cronista zaragozano; Agustín Alcaide Ibieca, magistrado zaragozano; el barón de Rogniat y Louis-François Lejeune, oficiales de ingenieros franceses; Józef Mrozinski, militar polaco al servicio de Napoleón; y el francés Jean Belmas.

Junto a esto, la bibliografía de numerosos historiadores e investigadores sobre la Guerra de Independencia Española, Guerra de España contra Napoleón o *Peninsular War*, pues ha recibido diversos nombres. Es necesario agradecer a quienes han trabajado el tema antes, pues los Sitios se han abordado desde numerosos estudios locales y específicos, también con alguna mirada más amplia. Personalmente, me parecen muy relevantes las aportaciones de toda una vida dedicada a la investigación de los Palafox, como la del historiador Herminio Lafoz Rabaza, las más recientes de José Antonio Pérez Francés desde su visión militar; y las que ha compartido Luis Sorando Muzás sobre las unidades y uniformes de la Guerra de la Independencia. A ellos se suman multitud de investigaciones con nombre propio que han contribuido al conocimiento del periodo 1808-1814 y que han servido de base para este libro: R. Rudorff, F. Escribano, J. A. Armillas, R. Fraser, R. Zurita, Ch. Esdaile, J-Ph. Luis, M. Garcés, G. Dufour, J. R. Aymes, H. Siou, R. Guirao, P. Rújula, A. Peiró, N. Marín, R. Hocquellet, C. Rivola, L. A. Arcarazo, etc.

También debo precisar que, al igual que el conflicto bélico de 1808 ha sido etiquetado de distintas formas, he utilizado distintas palabras para referirme a los contendientes en liza, a veces por precisión, otras por no repetir términos. Así, he hablado de napoleónicos, imperiales, sitiadores o invasores para referirme a los ejércitos del emperador de Francia, Napoleón Bonaparte, que fueron en buena medida multinacionales, incluyendo franceses, polacos, italianos, alemanes, etc. Eso sí, ha habido ocasiones en las que les he denominado de manera más simple como franceses, lo que se debe a que hago referencia a cómo los llamaban sus enemigos españoles, o porque el contingente específico del que

hablo era de origen francés. Para el otro bando, he usado fernandinos, españoles, sitiados, defensores o aragoneses. El término más preciso es el de fernandinos, porque aunque todos eran españoles, no todos los españoles defendieron la causa de Fernando VII, pues hubo una parte —más minoritaria, pero no irrelevante— que apoyó al rey José I Bonaparte, los llamados afrancesados. También, en algunas ocasiones he utilizado aragoneses si la mayoría de los combatientes tenían su origen en Aragón, como en algunos momentos del Primer Sitio.

El origen más remoto de este libro se encuentra en el interés que ya en 2005 me suscitó la historia zaragozana de 1808, al ver una recreación histórica de la asociación «Voluntarios de Aragón», tras lo que leí, y me fascino, la *Zaragoza* de Benito Pérez Galdós. En dicha novela, un personaje ficticio, Gabriel de Araceli, llega a Zaragoza en diciembre de 1808, huyendo del Madrid nuevamente ocupado por las tropas de Napoleón. Araceli es el protagonista de toda la primera serie de *Episodios Nacionales*, comenzando su andadura militar en *Trafalgar* en 1805, participando en el Motín de Aranjuez y el 2 de Mayo, Bailén y otras batallas, entre las que consta la del Segundo Sitio de Zaragoza en 1808-1809. A su llegada, le cuentan las glorias del Primer Sitio y él participa de las del Segundo, entre las ruinas, los muertos y los escombros. Se entremezcla literariamente con personajes reales y otros ficticios, a través de los cuales Galdós nos narra lo que supuso aquel asedio mítico. Quedé fascinado con ello hace quince años y poco después llegó el Bicentenario en 2008-2009, justo cuando entraba a estudiar la licenciatura de historia en la Universidad de Zaragoza. Los caminos de la investigación me llevaron al estudio de la historia de 1830-1840, años en los que volvían a presentarse los desastres de una terrible guerra en España, y en la que participaron personas que habían vivido los Sitios de 1808 y 1809. El mismo José de Palafox volvió a ocupar muy fugazmente la Capitanía General de Aragón en 1835.

Gracias a Félix Gil y a La Esfera de los Libros puedo presentar esta obra, que en cierta manera es el libro que siempre quise escribir desde aquel 2005 en que descubrí con asombro lo que había sucedido en mi



ciudad dos siglos antes. Lo que aquí se presenta son personajes históricos, con sus vidas de carne y hueso, en un contexto de convulsos cambios, de imprevisibles consecuencias y una guerra como no se había conocido.

Debo acabar esta breve introducción, dejando patentes mis agradecimientos a quienes han hecho posible este libro. Además de al mencionado Félix Gil y a la editorial, esta obra debe mucho a los compañeros de la *Revista Universitaria de Historia Militar* David Alegre y Miguel Alonso; también a otros amigos historiadores como Miriam Gracia, Pablo Aguirre, Mónica Garcés y Ángel Ruiz; a Luis Sorando, gran investigador y amigo, quien siempre responde a las preguntas sobre tal o cual unidad, uniforme o bandera, facilitando siempre documentación y obras de época. Igualmente, han sido de ayuda Ramón Guirao, Sergio García, Alfonso Bermúdez, José Luis Ona, Inma Ratia, Ignacio García de Paso, Carlos Rivola, Irene Cisneros, Mariano Martín, Iván Ordovás, Jonathan J. Bar... y gracias en general a la Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza y a la Asociación Cultural Voluntarios de Aragón. Además, agradezco a Valischka sus fotografías de la recreación de los Sitios. Finalmente, debo dar las gracias a mis padres por el apoyo que siempre me ofrecen.

Espero que este libro sirva a quien lo lea para trasladarse mentalmente a la Zaragoza, Aragón y España de 1808 y 1809, comprendiendo las actuaciones de aquellas gentes, con nombres y apellidos, que se vieron inmersas en la vorágine de la historia.

Villamayor-Zaragoza, enero de 2021

## MOTÍN

### Marzo-junio de 1808

Un jinete intenta controlar a su caballo entre una multitud llena de ira. Viste bicornio y una casaca azul con vueltas rojas, uniforme de los guardias de corps. Varios hombres recogen piedras del suelo de Aranjuez, otros amenazan con garrotes mientras se acercan. Todos quieren linchar al ilustre prisionero a quien escoltan varios soldados. El que pareciera todopoderoso gobernante hasta hacía unos días, el Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, había pasado de la geopolítica de ambos hemisferios a preocuparse tan solo por salvar su vida. Los guardias de corps caracolean con sus caballos para alejar a las alborotadas gentes que se abalanzan sobre el caído en desgracia.

Quien manda a esos guardias que escoltan a Godoy es un brigadier del mismo cuerpo llamado José de Rebolledo de Palafox y Melci. Es un hombre de treinta y dos años, el menor de los tres hijos varones de los marqueses de Lazán, una familia de la nobleza aragonesa. Hasta hacía poco se había dedicado a la dulce vida cortesana, entre juegos de cartas, bailes y saraos varios. Ese 19 de marzo de 1808, sin embargo, todo comenzó a cambiar. En las cartas de José pintarán bastos, pues la conspiración, la guerra y la revolución marcarán el año para la historia.

Pero cabe preguntarse cómo se había llegado ahí, cómo Godoy podía haber conjurado tantas iras y ser tan odiado, al punto de ser prácticamen-

te arrastrado a los pies de los caballos. Para ello, debemos retrotraernos un poco en el tiempo, especialmente al periodo del segundo gobierno de Manuel Godoy, entre 1801 y 1808.

### **Una monarquía en crisis ante la mirada de Napoleón**

Si bien es cierto que Godoy ya había despertado recelos en su primer gobierno (1792-1798) por su rápido ascenso político y social, por sus reformas y por su amistad con los reyes, nunca fue amante de la reina, como dijo la propaganda en su contra. En su segunda etapa en el poder se desató una tormenta perfecta, en la que se coaligaron factores internos y externos con los que hubo de lidiar. Godoy acabó encarnando el mal gobierno y el despotismo contra el que se levantaron muchos en la primavera de 1808. Ese despotismo, unido a la acusación de engaño y traición, se trasladaría a Napoleón, identificando a los dos personajes como el enemigo al que combatir.

Con la irrupción de Napoleón Bonaparte en el escenario geopolítico europeo en 1799 se despertaron, por un lado, esperanzas de que encauzase la Revolución hacia el orden y, por otro, temores sobre sus intenciones expansivas. A Carlos IV le preocupaba especialmente la política exterior de Bonaparte en Italia, donde su familia tenía intereses, tanto en torno al Ducado de Parma como en el Reino de Nápoles, y donde quería garantizar la protección del Papado. Asimismo, por el Tratado de San Ildefonso de 1796, España y Francia eran aliadas, fundamentalmente frente al Reino Unido y Portugal. Ahora bien, mientras el Borbón interpretaba este pacto como defensivo, el Bonaparte lo veía como ofensivo. Y ahí, la situación de una España cuya joya de la corona estaba allende el Atlántico, mantenía intereses italianos y tenía que hacer frente a problemas internos, era delicada y complicada.

En el siglo XVIII, en la monarquía española se habían enfrentado por el poder dos facciones cortesanas, los golillas de Floridablanca y los

aristócratas (o «partido aragonés») del conde de Aranda. Frente a ello, la lealtad, fidelidad —y dependencia— de Manuel Godoy a los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma. Esto le supuso su ascenso y convertirse en el amigo y consejero de los monarcas. Precisamente por ello, ante los trepidantes cambios en el panorama europeo y las incertidumbres internas, Carlos IV recurrió de nuevo a Godoy en 1801, como hombre fuerte capaz de tomar las decisiones necesarias para reformar la monarquía y consolidar la autoridad real, sabiendo de su total lealtad, pues todo lo debía al favor de los reyes.

Pero esa vez no iba ser nombrado ministro del Gobierno, Carlos IV quería un poder ejecutivo con capacidad para obrar de forma extraordinaria. Por esa razón, en connivencia con Godoy creó un nuevo cargo externo a las tradicionales formas de gobierno de la monarquía. A principios de 1801 nombró a Manuel Godoy generalísimo. Con tal cargo, militar y político, dirigió la exitosa, aunque breve, guerra contra Portugal de mayo de ese año.

La clave de este nombramiento fue que como generalísimo se colocó en una posición de poder sin parangón, solo por debajo del rey, y por encima de todos los demás. Controlaba el Ejército, que se propuso reformar, desplazando de ese espacio a la tradicional nobleza que, como es lógico, se puso en su contra. Además, dejaba al margen y casi sin efecto, a los dos cuerpos institucionales que habían regido la monarquía: los consejos —en especial el Consejo de Castilla— y el gobierno —secretarías—. Con todo ello, nobleza, militares, clero y no pocos oficiales de la administración —que había entrado en un proceso de profesionalización y temía la arbitrariedad— se pusieron en contra del generalísimo, tildado de déspota. Se aglutinaron en torno al conocido como «partido fernandino», es decir, alrededor del príncipe Fernando, futuro Fernando VII y que sería presentado como una víctima, en un juego de espejos en donde Godoy representaba todo lo malo y Fernando encarnaba la esperanza.

Pero eso no era un mero juego cortesano ni interno. Napoleón desconfiaba de Godoy, de que pudiera ser útil a sus planes y cumpliera

los pactos firmados; el Reino Unido atacaba a las posesiones españolas, interrumpía las comunicaciones entre América y la Península Ibérica y bloqueaba el comercio; y el pueblo padecía los efectos de todo ello y más. Los años que discurren entre 1803 y 1807 fueron nefastos para la economía española. Se sucedieron malas cosechas en los campos, se produjo carestía de cereales —especialmente en Madrid—, el sistema de beneficencia y abasto de la monarquía quedó absolutamente desbordado, la pobreza se disparó y, por si fuera poco, se desató una epidemia de fiebre amarilla que afectó con dureza a numerosas ciudades como Cádiz, Málaga y Cartagena.

En 1807 el poder de Godoy es total. Es nombrado gran almirante y decano del Consejo de Estado. A pesar de la oposición de élites y pueblo, de las crisis de subsistencias, de la obstrucción del comercio, la guerra contra el Reino Unido, la derrota de Trafalgar, las exigencias de Napoleón, continuó como generalísimo porque, a ojos de los reyes, era el único en condiciones de dirigir los destinos de la monarquía española por su lealtad inquebrantable y por su capacidad.

A partir de entonces la maquinaria conspirativa de la oposición se acelera. Personajes como el clérigo Escoiquiz, el duque del Infantado y el marqués de Ayerbe se unen con el príncipe Fernando y preparan un golpe para el otoño de 1807, conjura que, sin embargo, será descubierta y desarticulada. Fue la llamada conspiración del Escorial, en la cual acabó arrestado el mismísimo heredero del trono. A esas alturas, Godoy estaba entregado totalmente a Napoleón, a diferencia de 1801, cuando incluso se permitía desairarle. El generalísimo sabía que si las cosas se torcían en España, tendría que recurrir al emperador, y que cualquier afrenta a este le decantaría por apoyar al príncipe Fernando. A la vez, temía y desconfiaba de sus intenciones. Godoy y España se encontraban entre la espada y la pared.

En medio de esas disputas internas por el poder, las tropas napoleónicas, al mando de Junot, cruzaron la frontera y 25.000 soldados entraron en España, prestos a invadir Portugal. Era el 18 de octubre de

1807 y entraban como aliados, todavía. El partido fernandino extendió el rumor de que iban en ayuda del príncipe. Godoy se apresuró a firmar el Tratado de Fontainebleau el 27 de octubre, autorizando ese tránsito de los ejércitos de Napoleón y aprobando la invasión franco-española de la monarquía lusa. Asimismo, se contemplaba una división y reparto de Portugal en tres zonas, plan que nunca se llegó a realizar.

El año 1808 comenzó mal para Godoy. Los tribunales absolvieron a los conspiradores del Escorial, la opinión pública estaba totalmente en su contra y no contaba con el apoyo de Napoleón, quien, a través de su embajador en España, jugaba a la ambigüedad mientras decidía qué hacer con los Borbones. Carlos IV, María Luisa y su generalísimo estaban solos. Y cada vez cruzaban más tropas napoleónicas la frontera, ocupando plazas fortificadas como Pamplona y Barcelona. Su excusa, defenderlas de un hipotético ataque británico —quienes, en realidad, estaban preparando una gran expedición militar, sí, pero contra el Virreinato del Río de la Plata—. La incertidumbre reinaba en el ambiente. Godoy empezó a pensar en la posibilidad de que la familia real abandonase Madrid, fuera a Cádiz y de allí tomara un barco a Hispanoamérica, siguiendo el ejemplo de los Braganza de Portugal. El primer paso era trasladarse a Aranjuez. Así ocurrió, pero no pasaron de aquel Real Sitio.<sup>1</sup>

En marzo de 1808 los acontecimientos comenzaron una aceleración vertiginosa. El domingo 13, Manuel Godoy se reunió en Aranjuez con toda la corte, los cuerpos de Guardias de Corps, Guardias Valonas y Guardias Españolas. Insistió a Carlos IV para que publicase un manifiesto anunciando y justificando el viaje real. No lo consiguió, el rey se opuso. Fuera de palacio, Aranjuez y Madrid eran hervideros de conspiración. Los mismos de octubre de 1807 estaban a la cabeza, tras el príncipe Fernando. Se sumaban, también, los hermanos Palafox —Luis, marqués de Lazán, y Francisco y José, guardias de corps— y su primo, el conde de Montijo, Eugenio Palafox Portocarrero.

El 16 de marzo aparecieron pasquines en Aranjuez con un mensaje claro: «Viva el rey y venga a tierra la cabeza de Godoy».<sup>2</sup> La noche del 17

de marzo de 1808 estalló, finalmente, el motín. Los soldados salieron de los cuarteles y se unieron a la multitud local y de pueblos vecinos que gritaban frente a palacio. Después, asaltaron la casa de Godoy, al que no encontraron. El defenestrado generalísimo se había escondido, pero solo aguantó dos días. El 19 de marzo hubo de salir y fue detenido, escoltado y vejado. Comprender este auge y caída de Godoy, esos odios que despertó, cómo estos se replicaron en Napoleón, y por qué Fernando VII fue idealizado en contraposición a ambos, nos permitirá entender unas actuaciones de 1808 que tuvieron su lógica, la amplia movilización, politización y resistencia popular frente a la invasión napoleónica de España.

### **Subversión en Zaragoza**

Entre el 17 y el 19 de marzo de 1808 no caía solo el todopoderoso gobernante, pocos días después iba a caer un rey y entronizarse otro, pero antes, en Zaragoza se dio otro motín más subversivo. Las noticias del Motín de Aranjuez llegaron a la ciudad de Zaragoza el 22 de marzo. Inmediatamente, se reunió en pleno extraordinario el Real Acuerdo para leer la real orden de la destitución de Godoy. Acto seguido, ya por la tarde, se colocaron carteles por la ciudad anunciando la nueva, la cual fue celebrada con mucho entusiasmo.

Lo que podría haber sido un simple festejo, en una ciudad que se decantaba por el bando fernandino, se convirtió en un flagrante acto subversivo. Sus protagonistas fueron los estudiantes de la universidad. Y es que en esta institución Godoy también se había ganado enemigos. La proyectada reforma de los estudios universitarios, aprobada el 12 de julio de 1807 se topó con resistencias. El propio claustro zaragozano manifestaba en 1808 las «dificultades» —en realidad oposición— en la aplicación de los nuevos planes. Hay que tener presente que el 3 de diciembre de 1807 ya habían tenido lugar algaradas contra el nuevo plan de estudios. Además, la universidad zaragozana contaba con numerosos

estudiantes de teología y muchos eclesiásticos entre su profesorado, los cuales se oponían a Godoy por la venta de bienes del clero aprobada en 1806, aunque esta contase con la aquiescencia papal.

De esta forma, podremos entender los sucesos de fines de marzo de 1808 y, en concreto el motín del 22 de marzo. Aquella tarde, cuando los estudiantes conocieron los sucesos de Aranjuez se dirigieron al teatro de la universidad y echaron las puertas abajo. Tres de ellos, entre los que se encontraba Matías Calvo, entraron, descolgaron el retrato de Manuel Godoy, recortaron el lienzo del marco y lo bajaron al patio. Allí lo arrastraron por el suelo mientras le escupían y pisoteaban, en un acto de violencia simbólica. A continuación, lo ataron a un palo y organizaron una procesión como acto de escarnio contra el que había sido generalísimo. Dos filas de estudiantes desfilaron por el Coso, principal arteria de la ciudad, hasta la Cruz del Coso, lugar de gran significación por su situación de centralidad en el entramado urbano y su significación religiosa —recuerdo de los mártires del siglo IV—. No lejos de allí, frente al Café Jimeno, encendieron una hoguera donde quemaron el retrato de Manuel Godoy, entre el griterío de la multitud.

Hasta ahí una algarada contra el gobernante caído. Aunque el rector, Joaquín Pascual, había intentado calmar a los universitarios, ese acto estaba amparado. Lo que sucedió acto seguido, no: subvirtió toda legalidad. Los amotinados compraron una estampa del príncipe Fernando, la colocaron sobre un dosel rojo y escribieron: «Vivan los reyes». Con ello, desfilaron nuevamente por el Coso, acompañados de músicos, dando vivas al rey. Finalizaron colocando ese improvisado retrato real en el teatro de la universidad. Fernando VII era rey desde la abdicación de Carlos IV el 19 de marzo... pero a Zaragoza no había llegado esa noticia, solo la destitución de Godoy el día 17. Por tanto, este acto de los estudiantes zaragozanos supuso destronar, por su cuenta, a Carlos IV y entronizar a Fernando VII.

Habían derribado a la más alta autoridad, la del monarca, y colocaron a uno nuevo, el cual sería *su* rey, el que ellos habían sentado en el trono de



España. Este punto es clave, y en él hay que insistir para entender toda la politización y movilización fernandina y de resistencia en 1808: Fernando VII no fue un rey cualquiera, fue un monarca que la mayor parte de la opinión pública, del pueblo, consideraba *su* rey, el que ellos habían *escogido* frente al despotismo de Godoy —después, frente a Napoleón—. Así lo percibieron inmediatamente en Aranjuez y Madrid el 17-19 de marzo, y así lo percibieron en la Zaragoza del 22 del mismo mes. Eso se sumaba a la imagen de Fernando como víctima de Godoy en la conspiración de El Escorial, como esperanza para la resolución de los males que la monarquía arrastraba desde 1802. Y todo ello se afianzaría más en la primavera de 1808 conforme la invasión napoleónica de España se hacía patente.

El motín estudiantil del 22 de marzo en Zaragoza no fue aislado ni quedó allí. Similares sucesos se dieron en Salamanca y Granada. Además, cuando llegó la noticia de la abdicación de Carlos IV en su hijo, las bullangas continuaron. El 26 de marzo hubo celebración en Zaragoza en honor a Fernando VII y el día 28 los estudiantes, encabezados por Antolín Rodríguez «Salsipuedes» daban por finalizado el curso académico, posesionándose del edificio universitario e impidiendo la entrada de cualquier persona. Eso fue ratificado por las autoridades, que, sin embargo, no toleraron los excesos y realizaron algunas detenciones. A la vez, se comenzó una suscripción popular para sufragar un retrato de Fernando VII y festejar su subida al trono. Esta no alcanzaría sus objetivos por la nueva ruptura de la cotidianeidad que supusieron los vertiginosos acontecimientos de mayo y junio y el inicio de la guerra. El dinero recaudado se usaría para el armamento y defensa de la ciudad, a petición de los propios estudiantes, y el claustro aprobó que se convalidase el servicio militar como si fueran cursos universitarios, pudiendo obtener los grados con solo presentarse a examen. De esta forma, hubo estudiantes que cambiaron los libros por las armas que ya pidieron el 30 de mayo, como Francisco Berche, quien el 8 de junio de 1808 solicitó ser sargento de alguna compañía «para defensa de la Patria, Fe y Religión».<sup>3</sup> Pero no adelantemos acontecimientos.

Junto a los universitarios, la ira popular se focalizó en el intendente de Aragón, Ignacio Garcini, autoridad godoyista, quien simbolizó a Godoy en Zaragoza. Las clases populares arrastraban descontento desde la crisis de 1802. Años de malas cosechas, carestía, alzas de precios —a modo de ejemplo, el aceite subió en 1807 de 35 a 45 reales—. Hubo problemas de abastecimiento en Zaragoza, aumentaron los pobres locales y foráneos, el Monte Pío de Labradores no daba abasto con sus préstamos a campesinos... La necesidad de ingresos para la monarquía —recordemos, en guerra contra Reino Unido y debiendo financiar a Napoleón— llevó a nuevos impuestos. Se elevaron tasas que gravaban la venta de azúcar, canela, pimienta... pero lo más impopular fue el arbitrio temporal del vino. El intendente era quien se ocupaba de hacer cumplir estas normas hacendísticas. Este impuesto sobre el vino había sido aprobado por una real cédula en 1805, pero las autoridades municipales se resistían a aplicarlo, conocedoras del disgusto popular. En 1807 Ignacio Garcini se impuso y obligó a las autoridades aragonesas a cobrar dicho impuesto sobre el vino. Tras la caída de Godoy y la subida al trono de Fernando VII, todas las autoridades nombradas por Godoy estuvieron en el punto de mira. Garcini concentró las iras populares del vecindario de Zaragoza. Así, el 31 de marzo de 1808 hubo de huir de la ciudad, no sin antes ser apedreado por un grupo de hombres y mujeres en el Mercado y en la Puerta Quemada.

### **De Bayona a Zaragoza**

Mientras los ecos de Aranjuez resonaban por toda la monarquía, esta se encontraba cada vez más en una situación crítica. Pronto, el destronado Carlos IV solicitaría ayuda al árbitro de Europa, Napoleón Bonaparte, contando que su abdicación había sido forzada por un golpe de Estado de su hijo. Este, el flamante nuevo rey Fernando VII, entró en loor de multitudes en Madrid el 24 de marzo de 1808, pero su po-

sición era débil, más allá del apoyo popular y de la nobleza española. El lugarteniente general de los ejércitos napoleónicos en la Península Ibérica, Joaquim Murat, gran duque de Berg y cuñado de Napoleón, había llegado recientemente a Madrid. En la ciudad y su entorno ya eran 30.000 los soldados imperiales. Esos se sumaban al cuerpo desplazado a Portugal, al mando de Junot, a los soldados de Duhesme que habían tomado la Ciudadela de Barcelona, a los acantonados en Pamplona y San Sebastián. Y continuaban traspasando la frontera miles de soldados napoleónicos.

Los recelos españoles iban en aumento. Sin embargo, Fernando VII era consciente de que necesitaba que Napoleón le reconociese como legítimo rey de España e Indias. Murat no lo había hecho. Aquello no era buena señal. Tampoco que la proyectada reunión entre el emperador y el monarca se fuera cambiando de lugar, primero en Burgos, después en Vitoria, finalmente sería en Bayona, ya en suelo francés. El francés Savary tuvo mucho que ver en convencer a Fernando de que acudiera a la entrevista con Napoleón. Muchos sospechaban, pero el rey insistía en que era un riesgo que debía correr, su trono dependía de ello. Además, no consideraba que Bonaparte realmente se atreviera a destronarlo. Así, su correspondencia derrochaba palabras de amistad e incluso servilismo.

El 10 de abril de 1808, el rey de España salía de la capital. Su objetivo era ser reconocido como tal por el dominador de Europa. No iba solo en ese largo viaje. Le acompañaba un escogido séquito de confianza como Escoiquiz, el duque del Infantado, el duque de San Carlos, Pedro Cevallos... y el mayordomo de semana, Francisco de Palafox. Este era el segundo hijo de los marqueses de Lazán, hermano de Luis y José. Los tres formaban parte del partido fernandino y tendrían un papel destacado en lo que estaba por venir aquel año de 1808 en el que el mundo hispano se puso del revés.

Tras pasar por Burgos, el 13 de abril entró Fernando VII en Vitoria. Pero allí tampoco le esperaba Napoleón, quien llegaba un día después, pero a Bayona. Entre ese día y el 19, diversas personas advirtieron a la

corte y al mismo rey de que las intenciones de Bonaparte no eran buenas. El propio vecindario vitoriano se congregó e intentó evitar la partida del carruaje del rey, debiendo intervenir Infantado, con su prestigio, para apaciguar a una multitud a punto de amotinarse para salvar a *su* rey de una trampa francesa que solo él y sus más allegados parecían no ver. Mariano Luis de Urquijo, en conveniencia con el alcalde de Vitoria, incluso propuso a Fernando la huida, sacarlo de allí y llevarlo a territorio seguro en Aragón, ya que el repliegue hacia Burgos estaba cortado por las tropas de Bessieres, previa orden de Napoleón. El monarca tuvo opción la noche del 19 al 20 de abril, cuando el séquito francés de Savary que le escoltaba/custodiaba se retrasó por una avería en el carruaje. Esa noche la pasó en Irún sin franceses a la vista, rodeado de españoles fieles a su real persona. No consintió, pero en horas se arrepentiría. Cuando al día siguiente cruzó la frontera y se adentró en Francia, nadie le fue a recibir. Tan solo a la entrada de Bayona fue recibido, pero no como rey de España, sino como príncipe de Asturias. Entonces fue cuando, al fin, Fernando se vio vendido y que había caído en una trampa.<sup>4</sup>

En las cercanías de Irún, prestos a una misión de rescate del rey, se encontraban dos guardias de corps: Fernando Gómez de Butrón y José de Palafox. Estos mantenían contactos a ambos lados de la frontera, pues en Bayona, junto a Fernando, se encontraba Francisco de Palafox y el cónsul español allí, Iparraguirre. El plan era similar al propuesto por Urquijo en Vitoria días antes. Tenían dispuesta a gente y caballos para llevar a Fernando VII hasta tierras aragonesas, libre de franceses.

Sin embargo, fueron descubiertos por las autoridades napoleónicas. El pequeño de los Palafox y Gómez de Butrón iniciaron entonces una huida en solitario, caminando de noche y disfrazados para no ser reconocidos, atravesando una Navarra dominada por las tropas imperiales. Contaban con la ayuda de los párrocos y vecinos de los pueblos. De esa forma se salvaron de ser apresados en varias ocasiones. Cerca de Pamplona se toparon con un grupo de caballería francesa, pero un anciano les ocultó y mostró un camino a través de un barranco, llegando a la ribera del Ebro.

En Tudela, fue el presbítero José Marzal y Araiz quien les ofreció su ayuda para llegar sanos y salvos a Aragón.<sup>5</sup>

Una vez en Zaragoza, José de Palafox fue inmediatamente a hablar con el capitán general, Jorge Juan Guillelmi. Le propuso un levantamiento armado en defensa de la corona de Fernando VII, a lo que este se opuso, obedeciendo las órdenes que provenían de Madrid y que —oficialmente— todavía contaban con el respaldo real. Guillelmi, sin duda, se fiaba más de la Junta de Gobierno presidida por el infante don Antonio y del Consejo de Castilla que de lo que pudiera decirle un brigadier de guardia de corps. Además, era demasiado osado y peligroso arriesgar Aragón a una rebelión de muy incierto éxito y turbulentas consecuencias en nombre de no se sabía muy bien qué. Todavía no se había producido una quiebra total del poder de la monarquía y, aun con ello, Napoleón dominaba Europa, incluida, *de facto*, España. A Palafox no le quedó otra que buscar refugio. Lo encontró en el palacete de La Alfranca, propiedad de su pariente la marquesa de Ayerbe y situado en Pastriz, pueblo en las cercanías de Zaragoza. Allí, esperó, dudó y temió un fatal desenlace para su causa y él mismo. Y es que Guillelmi le había transmitido la orden de Murat de que, como todos los guardias de corps, se debía reintegrar en su unidad en Madrid, so pena de ser considerado un desertor y traidor.

Mientras los hermanos Palafox, Francisco en Bayona con Fernando VII, Luis en Madrid, con Murat y José refugiado en Zaragoza-La Alfranca, buscaban el modo de defender la causa fernandina, ya fuera con planes de rescate, aparentando ante Murat en busca de una oportunidad o intentando un levantamiento armado de Aragón, los acontecimientos entraban en una nueva escalada de tensión, acelerando la historia y llevándola por un camino que estos aristócratas conspiradores del partido fernandino no podían controlar.

Las iras populares se desplazaban de Godoy y los godoyistas a los franceses y Bonaparte. No era para menos, pues cada vez percibían a las tropas imperiales como enemigas y perjudiciales. El 26 de marzo de 1808 se registraban ocho denuncias contra soldados franceses por no pagar en

tabernas e intentos de violación en Madrid, los pueblos de Guadarrama y Buitrago elevaban quejas por las requisas del ejército napoleónico, mientras que el día 30 un soldado francés resultaba herido en una pelea en San Sebastián de los Reyes. Los altercados entre paisanos españoles y militares napoleónicos no habían hecho más que comenzar. El 1 y 2 de abril hubo conflictos en la Puerta del Sol, con insultos y pedradas, llegando el primer muerto el 12 de abril. Ese día un soldado francés fue asesinado por el presbítero Andrés López. Dos semanas después, el 25, el molendero de cacao Antonio Pérez apuñaló a un francés, sin mediar aparente conflicto, al grito de «¡viva el rey!», declarando después que «esos pícaros venían a saquear los templos de Dios y a robar el fruto de sus sudores». Más de 174 franceses fueron asesinados entre marzo y el 1 de mayo de 1808.<sup>6</sup>

Era la respuesta popular a las requisas militares, a la percepción de ocupación y al recelo de que estaban arrebatándoles a *su* rey, quien representaba todas las esperanzas de mejora. Así, cada vez más, Napoleón era percibido como un traidor a sus promesas, un farsante, un tirano perverso que había engañado con buenas palabras a Fernando VII y a todos sus súbditos, con el fin de apoderarse de España y su Imperio, convertirlos en esclavos y acabar con su religión. De nada servían los llamamientos a la tranquilidad de las autoridades, la Junta de Gobierno dejada en Madrid por Fernando VII, con el infante don Antonio al frente. Esta era tenida por sumisa a Murat, y no faltaba razón, pues ningún margen de actuación tenía.

Así llegamos al 1 de mayo de 1808. Ese día se extendió por Madrid el rumor de que el rey Fernando había sido liberado de Bayona. Aunque era claramente falso, no hay que tenerlo por increíble. Para mucha gente tenía verosimilitud. Recordemos los planes de Urquijo y Palafox. La alegría popular no duró mucho, pronto se descubrió la falsedad de la noticia, causando un ambiente de tensión, incertidumbre y conmoción. El 2 de mayo amaneció con la agitación anterior. Era lunes, día en el que por costumbre muchos artesanos —de la ciudad y pueblos vecinos— alar-

gaban la fiesta del domingo. Madrid estaba abarrotado de una multitud que, congregada en las plazas de Puerta del Sol y de Palacio, esperaban con ansiedad noticias de Bayona. Esa mañana estalló el motín popular del 2 de Mayo. Las clases populares usaron la violencia para expulsar a un cuerpo extraño que violentaba a la comunidad: los franceses, amigos de Godoy, traidores a Fernando y abusadores del pueblo. Era una forma de justicia punitiva colectiva, de violencia popular de castigo. Cuadrillas de artesanos y criados, mujeres, algunos soldados se lanzaron a las calles madrileñas. La respuesta de Murat es bien conocida: una dura represión.

Con ello pensó el gran duque de Berg que España estaba pacificada y así se lo transmitió al emperador. Nada más lejos de la realidad. Apparently, la única reacción fue el bando de los alcaldes de Móstoles el 3 de mayo y los tumultos en Oviedo el día 9, pero los ecos se irían acrecentando en una vorágine de noticias, rumores y tensión acumulada. La gota que colmó el vaso, tanto de las élites como de las clases populares, fueron las Abdicaciones de Bayona del 6 de mayo de 1808. En ellas se daba un traspaso de soberanía: de Fernando VII a Carlos IV, de este a Napoleón, quien cedió la corona española a su hermano José, quien, a su vez, quedaría legitimado por una asamblea de notables españoles que se reuniría en Bayona y corroboraría una carta constitucional. De esta forma, se instauraba una nueva dinastía en España, la Bonaparte, con la legitimidad del Antiguo Régimen —abdicación y cesión de sus territorios patrimoniales por parte de los reyes— y una legitimidad moderna con base en una asamblea.

En realidad, Fernando VII no abdicó libremente. Él iba a Bayona para ser reconocido en el trono, no para entregarlo. El miedo le hizo cambiar rápidamente de opinión. Tenía presente lo que le había ocurrido al último Borbón que se había opuesto a Bonaparte, su primo el duque de Enghien, fusilado en 1804. A pesar de las circunstancias, Fernando se adaptó a la nueva situación, en su agradable estancia en Valençay, con su pensión y solicitando un matrimonio con alguna distinguida dama del Imperio. Su reino, sin embargo, no aceptaría tan fácilmente

los cambios. Una buena parte de España se levantó en armas entre mayo y junio de 1808, en rebeldía contra el rey José I y Napoleón, en defensa del que consideraban *su* rey, Fernando VII *el Deseado*, un símbolo en quien volcaron todo.

### **Zaragoza rebelde**

Hubo quienes aceptaron la nueva monarquía josefina, los llamados afrancesados, y ciudades que era materialmente imposible que se sublevasen, por estar ocupadas militarmente por los ejércitos imperiales: tal era el caso de Madrid, Barcelona, Burgos y Pamplona. Fue en las zonas libres de ejércitos napoleónicos donde prendió la mecha de la guerra, el levantamiento y la revolución. Entre el 22 y el 25 de mayo se levantaron Oviedo, Cartagena, Valencia Murcia... y Zaragoza el 24 de mayo de 1808.

Asistimos en esos momentos al fenómeno juntista, es decir la conformación de juntas locales y regionales que desconocían al gobierno establecido en Madrid. Este proceso se repetiría en distintos momentos del siglo XIX español y sería definido como la forma de hacer la revolución en España. Estas juntas, de composición heterogénea, aglutinaron a los partidarios de Fernando VII y se aprestaron a la defensa de sus derechos al trono de España y de la religión católica frente a las tropas napoleónicas. La Junta del Principado de Asturias declaró la guerra a Napoleón y envió una embajada diplomática al Reino Unido para solicitar la paz y la ayuda en la guerra que se iniciaba. La Guerra de la Independencia no era solo un conflicto nacional, sino también internacional. Estas juntas se erigieron en soberanas, es decir, asumían todo el poder ante la crisis política y el vacío provocado por la invasión napoleónica. Al asumir esto declaraban ilegales las Abdicaciones de Bayona, basando su legitimación en la reasunción de la soberanía del rey transmitida por una nueva legitimidad, la popular, la opinión pública, es decir quienes se habían subleva-